

RUMIANDO UNA TEORÍA

Jesús MARIÑO RODRÍGUEZ



ENTRE los animales herbívoros existe una especie que, según las ciencias naturales y el lenguaje popular, posee cuatro estómagos: panza, redecilla, libro y cuajar. Todos ellos forman el verdadero aparato digestivo, aunque cada uno cumple una misión concreta. El animal, cuando se encuentra ante el pasto, se dedica a comer toda la hierba que puede, de una sola vez. Ese alimento se deposita en la panza y, posteriormente, cuando el cuadrúpedo se echa a descansar regresa a la boca, donde es molido convenientemente y devuelto al interior para consumir, definitivamente, el proceso digestivo. Dichos animales son denominados ruminantes, y al proceso descrito se le llama rumiar.

Algo parecido, de ahí el título de estas líneas, se me ha ocurrido reproducir con respecto al artículo, publicado en el primero de los Cuadernos de Pensamiento Naval, titulado «Teoría del Pensamiento Naval». Su autor es el almirante y académico Álvarez-Arenas, autor de una obra escrita de gran importancia en la que se tratan los temas navales y militares con profunda intensidad filosófica, desmenuzándolos finamente, buscando el origen y las raíces de los conceptos: política, estrategia, guerra, genio y mar, sobre todo mar. El contenido de cada libro editado es denso, y denso también lo es el artículo al cual me refiero arriba. Quizá, por ello, lo he leído y releído de un tirón, como hace el bovino con su pasto. Luego lo he regurgitado y se me ha ocurrido digerirlo, a mi modo, creyendo que al entregarlo a los demás ya rumiado les facilitaría la lectura. Mi pretensión es poner en román paladino algo que a no pocos se les habrá indigestado, ante la compacta expresión literaria de nuestro académico, dejándolo para otra ocasión más propicia (lo que significa en realidad dejarlo en el baúl del olvido).

Antes de proseguir, quiero justificar mi osadía de acometer este acto, de rumiar la «Teoría», acogiéndome a lo señalado en la «Advertencia» del autor del libro *De la guerra y de sus hombres*, que reza de esta guisa:

«Si el raro lector... puede decir algo más o decir lo dicho de otro modo, hará honor a este autor...»

Así es que: almirante, le tomo la palabra y que sea lo que Dios quiera.

Pensamiento. Pensar



El almirante Eliseo Álvarez-Arenas, el día de su ingreso en la Real Academia Española, posa con el presidente de dicha institución, Fernando Lázaro Carreter.

(Foto: archivo RGM).

En primer lugar, el almirante se dedica a exponer, indagar y explicar lo que significa pensamiento. Por ello comienza diciéndonos que el pensamiento absoluto es un asunto eterno de la filosofía. Todos sabemos lo que es, pero no somos capaces de explicarlo. Quizá por la misma razón que cuando pretendemos decir lo que es filosofía ya estamos haciendo filosofía.

Otra aproximación la presenta cuando manifiesta que pensamiento es un efecto del pensar. Pero para ello habría que dar por supuesto que sabemos qué es pensar, cuestión harto difícil filosóficamente hablando. Sin embargo, para abrir una brecha en busca de luz sobre el tema, encuentra apoyo en lo anticipado por Ortega y Gasset, presentando estas dos definiciones:

«Pensamiento es una idea formalmente abs-

tracta del ajuste intelectual del hombre con su contorno.»

«Pensamiento es cuanto hacemos para salir de la duda en que hemos caído y llegar de nuevo a estar en lo cierto.»

Nuestro académico desecha la segunda porque no le sirve para proseguir sus pesquisas hacia lo concreto y adjetivado del Pensamiento Naval.

Del ajustē de la mente del hombre a lo que le rodea, a su circunstancia, el almirante deduce que «pensar consiste en aplicar la razón inquieta e investigante a un objeto determinado». Pero ya, con anterioridad, nos decía que el pensamiento es el motor de la acción y, también, que equivale a un racional poner en orden las cosas (*Del mar en la historia de España*). En la misma publicación cita a Eugenio D'Ors, haciendo suya la definición: «...Pensamiento a las actividades conducidas a la esquematización inteligente de lo real...». (Pág. 118 de la publicación mencionada).

Para acercar un poco más al lector en este proceso de digestión, vayamos al diccionario y veamos que nos dice sobre pensar y pensamiento. *Pensar*, además de otros sinónimos, es: examinar con cuidado una cosa para formar dictamen;

también significa: intentar o formar ánimo de hacer una cosa. *Pensamiento* equivale a: potencia o facultad de pensar, y también: acción y efecto de pensar.

La proximidad, como no podría ser de otra manera, de estas definiciones con todo lo expuesto hasta ahora por el académico almirante en su «Teoría» parece evidente. De aquí puede deducirse que pensar es la *causa* y pensamiento el *efecto*. Para mí resulta una deducción lógica decir que *pensar* es un trabajo, ya que consiste en aplicar la fuerza mental o intelectual, durante un tiempo —determinado o no—, a una cosa. Esta cosa puede ser algo abstracto o algo concreto. En ambos casos, la acción de pensar está pidiendo un adjetivo, porque si no lo tiene el trabajo se perdería en la zona filosófica pura y a los humanos nos interesa más lo concreto.

El pensamiento es, pues, el resultado —efecto— de ese trabajo o acción de pensar sobre un objeto. Dicho de otra manera, el pensamiento depurado se convierte en opinión y cuando ésta coincide con una mayoría deviene en consenso. Dicha opinión consensuada y mantenida en el tiempo se convierte en «verdad» (lo cierto) y posteriormente en doctrina.

Pero el pensamiento y sus derivados —opinión, consenso, «verdad», lo cierto y doctrina— no es eterno. Y no lo es porque en determinado instante se

ELISEO ALVAREZ-ARENAS

EL ESPAÑOL ANTE EL MAR



Ediciones de la
Revista de Occidente
Madrid

produce la crisis (para mí la alteración o cambio del contorno o circunstancias) y la doctrina adjetivada, en nuestro caso naval, se tambalea, vacila y entonces surge la duda.

Llegados a este punto, Álvarez-Arenas vuelve a la segunda definición orteguiana, pues la duda fuerza a repensar lo pensado para salir de ella y regresar a estar en lo cierto. La duda es la crisis del pensamiento, y la crisis suscita un cambio que «no sea fuerte ni se tenga por definitivo, y en que no es que el pensamiento adjetivado... tenga que volver a empezar a ser...». Esta evolución del pensamiento, originada por la duda, es la fuerza que nos conduce de nuevo a pensar para salir de ella y volver a estar en lo cierto; actividad cuyo efecto es el pensamiento.

Hasta aquí llega lo rumiado de los entremeses —tan abundantes que sólo ellos podrían constituir el total de la comida suculenta que el autor de la «Teoría» nos presenta y que se podrían comparar a los que aparecían en las cartas antiguas de los Paradores de Turismo— sobre la parcela dedicada al pensamiento sustantivado y adjetivado por el almirante. Lo que sigue, el primer plato del banquete —lo naval—, promete ser de más placentero interés, tanto por su familiar cercanía a nuestras vivencias como por lo lírico de su prosa que se desliza ágil y agudamente sobre las espumas fosforescentes de la mar inmensa, germen de la vida en el planeta.

Naval. Guerra. Estrategia. Mar

«*Lo naval* es lo que —mental, real y activamente— deriva de la contemplación inteligente del mar y de la mar con la guerra al fondo». Así, entrecomillado, lo presenta el almirante en su «Teoría». Previamente nos explica que el adjetivo «lo naval» tiene un fuerte sentido y supone una «referencia clara a una determinada circunstancia».

Tres puntos luminosos o focales resaltan de la definición: mar, guerra, inteligencia. La circunstancia, el contorno, inmediata de lo naval es la nave —lo que navega, el barco— que está en la mar y conectada o relacionada ésta con la guerra, que comenzó cuando el hombre empezó a navegar por motivos comerciales. En el comercio marítimo reside el origen de lo naval.

Puede que alguno se sorprenda al ver que en la definición del adjetivo naval, listo para acompañar permanentemente al *pensamiento*, aparezcan los términos: *el mar* y *la mar*. No se trata, ni remotamente, de emular las frecuentes fórmulas que aparecen —con intención de reivindicaciones igualitarias— en los medios de información escrita, hablada o televisada (alumnos y alumnas, trabajadores y trabajadoras, jueces y juezas, etc.). Lo que el autor quiere establecer al presentarnos el medio marino al que se refiere, en sus formas masculina y femenina, está perfectamente explicado en su discurso de presentación ante la Real Academia Española, titulado «Canto al mar».

«El mar es lo que es; la mar es eso en lo que se está», nos dice el académico. Con ello, *el mar* indica lo permanente —se *es* del mar— y la mar manifiesta la extensión temporal —se *está* en la mar—, y ambas expresiones —el mar y la mar— reunidas conforman el concepto global de *mar*.

Los conceptos emanados de la moderna tecnología cibernética, *hardware* y *software*, son utilizados apropiadamente para enmarcar lo naval. El barco de guerra, las bases, los astilleros y todo el complejo industrial de fabricación, mantenimiento y apoyo dan la forma material al *hardware* naval. El *software* consistiría en el conocimiento, el cual, plasmado en la organización, la estrategia y la táctica, indica lo que hay que hacer —pensamiento—, para lo que precisa estar «animado». Con ello, con esa «animación», aparece el hombre (inteligencia) que da vida al alma

naval —moral naval, espíritu naval— que concibe, piensa y hace lo material; esa alma naval se nutre y vive de la tradición y la historia. Pero también lo hace, porque afecta a lo naval, de la propia nación (la política, la sociedad, el pueblo) y de otras naciones. Resumiendo: el *hardware* es lo material (barcos, bases, armas, talleres), el *software* es lo anímico (hombres, alma, alma naval). El *soft* hace hacer al *hard* cuando un pueblo siente la necesidad del mar. Este sentimiento de necesidad surge de la condición —geografía, geopolítica, geoestrategia— y la mentalidad del pueblo frente al mar.

Las bases impulsoras del alma naval son: la historia y la tradición, que se encuentran tan próximas, tan en contacto entre sí, que se podría afirmar rotundamente su interdependencia. En una nación marítima la tradición se transmite generacionalmente y de estas sucesivas transmisiones resulta la historia real, con los factores que constituyen lo nacional (lo político, lo diplomático, lo militar, lo cultural, lo social, por citar los más destacados).

En otras palabras, lo naval es algo material y, por encima de todo, es algo espiritual que el hombre viene recibiendo de sus antecesores y que debe tener en cuenta para mantener e incluso aumentar su valor, de acuerdo con las circunstancias cambiantes.

ELISEO ALVAREZ-ARENAS

IDEA DE LA GUERRA



HOMBRES, HECHOS E IDEAS
EDITORIAL NAVAL • MADRID

Esa «guerra al fondo», que es el escenario sobre el cual se proyecta lo naval —la acción bélica— y que, a la postre, resulta ser: «el remedio de las cosas que no tienen remedio», necesita ser pensada, también. De este pensar en lo bélico aparecerán momentos en los cuales la materia de lo naval podrá necesitar de un incremento o de una disminución; sin embargo, lo espiritual debe mantenerse siempre vivo para no deformar la mentalidad de un pueblo cuya condición es marítima y lo suyo debe ser: lo naval.

Antes de continuar, me parece oportuno, por lo que pueda ser de utilidad al lector, dejar constancia de los títulos de los libros de don Eliseo: *El español ante el mar; teoría bélica de España. De la guerra y de sus hombres; Idea de la guerra, investigaciones estratégicas; Del mar en la historia de España. Integridad táctica de zona, y Haceres de ingenio: política-estrategia-historia*. En ellos se encontrarán las explicaciones aclaratorias de los términos —no todos— y conceptos manifestados en el artículo que nos ocupa. Ahí van algunas perlas:

- Estrategia es el ingenio aplicado a la guerra.
- Táctica es el ingenio aplicado al combate.
- España, nación de condición marítima y mentalidad continental.
- Ni Europa ni España creen en la guerra; España, desde luego, no.

Todavía me sorprende que, después de haber transcurrido cuatro lustros de la publicación de aquellos libros, no se les haya prestado suficiente atención para someterlos a estudio en nuestras Escuelas de Guerra (sobre todo en la Naval). Los aldabonazos del almirante, para abrir las puertas de España hacia la mentalidad naval, están sonando en su obra. Al igual que el grito clamoroso que Marco Antonio lanzaba a sus compatriotas romanos en la shakespeariana obra «Julio César»: «Lend me your ears!», ¡prestadme atención!

Pensamiento Naval

Habiendo dado cuenta de los dos primeros platos del almuerzo, llega el momento de saborear el postre, poniendo la guinda sobre el pastel.

Pensamiento y Naval, dos novios que van a maridarse en un sólido e indisoluble matrimonio: *Pensamiento Naval*.

Solo la muerte, desaparición o abandono de uno de ellos —el pensamiento o lo naval—, dará por concluso e inoperante este casamiento. Sin pensamiento, lo naval quedará viudo, solitario a merced de las olas y los vientos y sin rumbo fijo ni destino hacia el cual orientar su derrota. Sin lo naval, el pensamiento vagará por otras rutas que le alejarán de su esposa: la mar, relegándole al túnel del olvido.

Si procedemos a ayustar los dos cabos —pensamiento y naval—, aun a riesgo de perder algunos cordones o filásticas en el empeño, podremos obtener una definición, bastante cartesiana, del pensamiento naval:

«Idea del ajuste de la mente del hombre a la contemplación del mar y de la mar con la guerra al fondo.»

El hombre al cual se hace referencia es un profesional de la guerra en la mar y, como tal, habrá de proyectar su mente sobre determinados conceptos que lo naval va sugiriendo en su tremenda extensión: estrategia naval, táctica naval, organización naval. Surgirán, de este modo, derivaciones del pensar aplicadas a estas parcelas componentes de lo naval: pensamiento estratégico (de aplicación a la guerra), pensamiento táctico (aplicable al combate), pensamiento orgánico (en lo concerniente a las disposiciones ordenadas de la doctrina). Todos ellos sometidos y subordinados a la amplitud general del pensamiento naval; formando parte de un todo que los realimenta y se realimenta de ellos.

El pensamiento naval, sin ser superior ni inferior a otro tipo de pensamiento, es distinto. Y, según el almirante, ello es así «porque lo naval habla». Ese hablar tiene una «especialísima voz», emitida por dos realidades incrustadas en el alma del marino: el mar y la guerra. Puesto que lo naval habla, precisa también ser oído por el profesional de la mar. Pero aun oyéndola, esta voz de «el mar y la guerra al fondo», es difícil entenderla. En todo caso, es conveniente «intentar el acercamiento a este decir, porque, indudablemente, la voz de lo naval es el principio original de la formación del pensamiento naval».

El pensamiento lo produce el pensador —un individuo— y un hombre aislado es el pensador de lo naval. Sin embargo, por causa de su profesión el pensador naval se encuentra siempre dentro de una comunidad que vive en el mar y de la mar. Por esta razón, el pensamiento naval, al final, ya no es de aquel individuo aislado, sino que pertenece a la comunidad, con lo cual se despersonaliza y se hace nacional. En el caso que nos atañe hablaremos del pensamiento naval español y nos estaremos refiriendo, en concreto, al pensamiento de la Marina de Guerra española, de nuestra Armada.

Así, mediante un proceso progresivo, el pensamiento naval deja de ser de un individuo para pertenecer a la Armada y, al fin, a la comunidad nacional.

Con los ingredientes de la historia y la tradición, el pensamiento naval va cuajando y plasmándose en acción naval a través de documentos oficiales permanentes, como son: las ordenanzas, los documentos orgánicos, los cuadernos tácticos, los textos de las especialidades de las Escuelas de Formación de los profesionales de la mar. A través de todo eso y de la literatura y las prácticas de la profesión, el pensamiento naval toma la forma y se convierte en Doctrina Naval.

ELISEO ALVAREZ-ARENAS

DE LA GUERRA Y DE SUS HOMBRES



HOMBRES, HECHOS E IDEAS
EDITORIAL NAVAL • MADRID

Para conservarse, mantenerse y continuar siendo, el pensamiento naval requiere constantemente ser estudiado para seguir alentando su alma naval y poder salir de la duda en los momentos críticos que se presentan o han de presentarse en diversos hitos de la historia.

En cuanto a la crisis creada por la aparición de lo atómico y lo nuclear, nuestro académico entiende que «la crisis continúa» porque «lo nuclear no se ha empleado como arma verdadera en la guerra» y prosigue anunciando que las crisis en la historia no conmueven el pensamiento naval, el cual, en la práctica, continúa siendo como lo han hecho las gentes que se han dedicado a pensar lo naval.

La «validez extensa y prolongada» del pensamiento naval exige de los profesionales una permanente dedicación a su estudio para perfeccionarlo y depurarlo, si así se consi-

dera necesario, para mantener su vigencia perenne.

Añadidura

El intento de convertir la conocida frase, «Los eventos consuetudinarios que acaecen en la rúa», en la general e inteligible expresión: «Lo que pasa en la calle ha sido el patrón que he utilizado para representar la “Teoría” del almirante Álvarez-Arenas». Tomando como cierto que *lo que pasa en la calle* no define con precisión: ni los sucesos-eventos-imprevistos o acontecimientos, ni lo que es de costumbre —consuetudinario— que ocurra en la vía pública, debo decir que tampoco lo rumiado recoge con precisión lo que nuestro académico expresa en su «Teoría».

Fundamentalmente he pretendido decir la «Teoría» de otra manera; razón por la cual hay poco de lo mío —quizá ni siquiera un *algo más*— y casi todo, comprimido claro, del autor. Mantengo la duda —supongo que razonable— de haber acertado con la interpretación correcta, aunque puedo afirmar que desde el principio al fin he rehusado, por convencimiento, la crítica de la parte o el todo de esta teoría.

Pensar y repensar lo naval es una necesidad vital que compete propiamente a los marinos de guerra. En estos momentos de gran conmoción tecnológica y social es preciso un gran esfuerzo de acomodación del pensamiento naval a las cambiantes circunstancias, aplicando el discernimiento suficiente para saber qué es lo que cambia con pretensión de afincamiento futuro y dónde reside la variación simplemente efímera, producto de un suceso aislado.

La historia y la tradición nos han legado una Doctrina Naval, producto de un intenso, constante y sedimentado pensamiento naval. La validez de la doctrina se mantiene. Sin embargo, como ha venido sucediendo a través de los tiempos, en el momento actual, de revolución tecnológica y también global, se intuye la necesidad de un *aggiornamento* que dé cabida a las novedades que se producen en el entorno bélico y naval. Sin alterar la esencia, lo radical, de la doctrina habrá que pensar en adecuar la estrategia, la táctica, la orgánica y la logística navales a la situación real, las nuevas circunstancias, con la que nuestra Armada encara el futuro, ya en desarrollo, del siglo XXI.

El reto es cuestión que habrán de resolver los pensadores navales —sobre todo los que se encuentren en situación de actividad, porque disponen de las herramientas precisas— al amparo de lo que «el mar y la mar, con la guerra al fondo», les vaya sugiriendo.

Conviene no perder de vista las enseñanzas de la historia sobre las múltiples variaciones sufridas por causa de los descubrimientos de nuevas armas y nuevos sistemas. A pesar de las modificaciones que afectaron a los métodos de empleo y maneras de combatir, los fines perseguidos han continuado siendo los mismos. La doctrina y la estrategia mantienen su vigencia porque, entre otras cosas, la geografía, el comercio y las líneas de comunicación marítima se mantienen inalteradas, y los intereses nacionales relativos a la conservación de la soberanía, el territorio (en sentido lato) y la difusión e intercambio de la cultura siguen estando presentes en nuestras normas constitucionales y nuestro espíritu.

En los tiempos que corren es preciso prestar atención a las revisiones que se produzcan en el entorno de nuestros aliados, porque es previsible que se tenga que realizar un esfuerzo armonizador entre lo propio nuestro y los intereses de nuestros amigos, para que los métodos, los sistemas y el intercambio de información sean lo más homogéneos posible, preservando nuestro grado de libertad nacional. Para el pensador naval, ello no supondrá un problema insalvable.

La guerra —las guerras— con piedras, dardos, cañones o misiles se ha hecho, se hace y continuará haciéndose hasta que el hombre encuentre y asuma la respuesta al interrogante de Poncio Pilato: ¿Qué es la verdad? La humanidad todavía continúa sin hallar solución a esta cuestión. Nuestro planeta no ha conocido, a lo largo de su historia, una situación de paz total. Los periodos de paz disfrutados han sido, en realidad, épocas de guerra larvada.

El hombre, en su esencia, continúa siendo el mismo; tanto el constructor de los Zigurat, las Pirámides y el Partenón, como el arquitecto de El Escorial, Versalles y el Empire State Building. Entre los filósofos griegos y los científicos nucleares y del espacio, sólo existen mínimas diferencias formales. Por ello, la necesidad de seguir pensando en la guerra no es trivial y, en lo nuestro, precisa de pensadores navales. El almirante Álvarez-Arenas, con su obra y su «Teoría del Pensamiento Naval», nos proporciona un fulcro y también un acervo nada desdeñable de ideas y juicios de valor, sobre los cuales sería muy bueno meditar.

No deseo aparecer, con estas reflexiones, como un tiraboleiro del citado autor. Por esta razón reproduzco lo que el excelentísimo señor don Pedro Laín Entralgo dijo sobre nuestro académico:

«... Álvarez-Arenas se esfuerza por apoyar su idea del mar y su idea de la guerra en una lúcida y documentada reflexión acerca de lo que el mar y la guerra son en la vida y para la vida del hombre...». «Reflexión documentada a la vez, porque para entender humanamente el hecho de la guerra no se limita a la obvia consideración de Maquiavelo y Clausewitz, y una y otra vez recurre al magisterio de las más ilustres figuras del pensamiento universal: Platón y Aristóteles, Kant y Fichte, Hegel y Bergson, Dilthey y Ortega. No creo que en la visión de la vida humana, como fundamento del hecho de la guerra, haya en el ancho mundo muchas figuras equiparables a la de nuestro almirante».

Lástima que nuestro digno representante en la Real Academia Española no haya tenido el eco que su obra reclama entre nuestra gran familia marinera de la Armada; aunque todavía estamos a tiempo de enmendar el rumbo. Por suerte lo tenemos entre nosotros para disfrutar de sus conocimientos y recurrir a su persona cuando se presente la duda sobre la correcta interpretación de su pensar en lo naval.

Me viene a la memoria una anécdota protagonizada por el capellán profesor de religión en la Escuela Naval Militar. Este hombre, de inolvidable acento cantarán gallego, solía emplear una frase para refrendar la veracidad de sus palabras: «No vos lo digo yo, vos lo dice San Pablo». Pues bien, lo que aquí hay escrito sobre la «Teoría del Pensamiento Naval» no lo digo yo, lo dice don Eliseo.

